

Vie

25
Sep

2015

Evangelio del día

Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Yo estoy en medio de vosotros.”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ageo 2, 1-9

El año segundo del rey Darío, el día veintiuno del mes séptimo, llegó la palabra del Señor por medio del profeta Ageo:
«Di a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judá, a Josué, hijo de Josadac, sumo sacerdote, y al resto de la gente:

“¿Quién de entre vosotros queda de los que vieron este templo en su primitivo esplendor? Y el que veis ahora, ¿no os parece que no vale nada?

Ánimo, pues Zorobabel - oráculo del Señor -; ánimo también tú, Josué, hijo de Josadac, sumo sacerdote.

¡Ánimo gentes todas! - oráculo del Señor -. ¡Adelante, que yo estoy con vosotros! - oráculo del Señor del universo -.

Ahí está mi palabra, la que os di al sacaros de Egipto; y mi espíritu está en medio de vosotros: ¡No temáis!

Pues esto dice el Señor del universo:

Dentro de poco haré temblar cielos y tierra, mares y tierra firme. Haré temblar a todos los pueblos, que vendrán con todas sus riquezas y llenaré este templo de gloria, dice el Señor del universo.

Míos son la plata y el oro - oráculo del Señor del universo -.

Mayor será la gloria de este segundo templo que la del primero - dice el Señor del universo.

Y derramaré paz y prosperidad en este lugar, oráculo del Señor del universo”».

Salmo de hoy

Sal 42,1.2.3.4 R/. Espera en Dios, que volverás a alabarlo: «Salud de mi rostro, Dios mío»

Hazme justicia, oh Dios,
defiende mi causa contra gente sin piedad,
sálvame
del hombre traidor y malvado. R.

Tú eres mi Dios y protector,
¿por qué me rechazas?,
¿por qué voy andando sombrío,
hostigado por mi enemigo? R.

Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada. R.

Que yo me acerque al altar de Dios,
al Dios de mi alegría;
que te dé gracias al son de la cítara,
Dios, Dios mío. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,18-22

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó:

«¿Quién dice la gente que soy yo?»

Ellos contestaron:

«Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha resucitado uno de los antiguos profetas».

Él les preguntó:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

Pedro respondió:

«El Mesías de Dios».

Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. porque decía:

«El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Animo, ánimo, ánimo”.

Los primeros judíos veltos del destierro, de Babilonia, se desanimaron enseguida y querían desistir de la reconstrucción del templo. Las comparaciones son siempre inevitables, y la pobreza del templo que estaban reconstruyendo, comparado con el esplendor y riqueza del templo de Salomón, les hizo caer en el desánimo y la depresión.

De ahí las palabras de ánimo del profeta Ageo. Tres veces repite a los distintos personajes que aparecen en la lectura, incluyendo a todo el pueblo: ¡Animo, ánimo, ánimo!

Pero, ¿dónde fundamentar el ánimo? ¿Hay motivos para tener esperanza? Sí, Dios está en medio de su pueblo, Él no abandona la alianza hecha con Israel y, por encima de todo, Él dirige la historia del pueblo. Por tanto, sí, hay motivos para la esperanza. Y para entrar en ella hay que dejarse hacer por Dios, confiar en sus planes, aunque sean diferentes de los nuestros: son mejores y sólo buscan nuestro bien. Serán más pobres que los nuestros, puede ser; serán menos aparentes y lustrosos, es verdad; pero son los planes de Dios y Él los llevará a buen fin.

“Y tú, ¿qué dices de mí?”.

Es fácil contestar a la pregunta ¿qué dice la gente de mí?, hecha por Jesús a los discípulos. La gente, dice tantas cosas y tan diversas; unas son favorables, halagüeñas, otras no tanto. Responder lo que dice la gente, es quedarse en la superficie, sin profundizar, y nos puede dejar indiferentes.

Sin embargo, todo cambia cuando la pregunta adquiere un tono personal: y tú, ¿qué dices de mí? Ahora no podemos eludir la responsabilidad de mirar dentro de nosotros mismos y preguntarnos: ¿quién es Jesús para mí?

Si mi respuesta es igual a la de la gente, significa que Jesús no ha entrado en mi corazón, se ha quedado en la superficie de mi persona y me resulta periférico: un personaje más, un profeta más, un maestro diferente, interesante sí, pero nada más.

Pero si Jesús ha entrado como un tsunami en mi vida y me ha transformado, si soy cristiano, no por una decisión ética, sino porque tengo una relación viva y personal con el Dios de la vida manifestado en Jesucristo vivo y resucitado, entonces mi respuesta se convertirá en testimonio valioso que puede llegar a cambiar el mundo.

Por eso, urge para cada cristiano hoy, tomarse en serio esta pregunta. No olvidemos que el mejor clima para encontrar la respuesta, es el mismo en el que se encontraba Jesús cuando la hizo a sus discípulos: orando a solas.



MM. Dominicás

Monasterio de Santa Ana (Murcia)